

esto apreté el paso hasta la Cruz, y encontré al Emperador bajando la escalera. Tenia su vestido de costumbre, pero llevaba puesto encima un sobretodo, pues la mañana estaba fria y no se hallaba bien, se habia fajado la espada y un revolver en cada mano. El general Castillo iba trás él. Subí de prisa hasta donde estaba el Emperador que era el sétimo escalon, contando desde el pié de la escalera, le quité las pistolas para llevarlas, y en medio de mi escitacion, tomándole por el brazo izquierdo, dije en voz alta:

—Señor, estos son los últimos momentos; ya está ahí el enemigo!

Al salir del zaguan para dirijirnos por la plaza al cuartede los húsares, algunos soldados del enemigo nos detuvieron. Involuntariamente alcé uno de los revolvers del Emperador, pero me hizo una seña, y lo bajé. Al mismo tiempo, dentro del enemigo salió López, y á su lado el coronel liberal, D. José Rincon Gallardo. Este reconoció al Emperador, mas volviéndose hácia sus soldados dijo: «Que pasen; son paisanos.» Los soldodos se hicieron á un lado y pasamos el Emperador, Castillo, Pradillo y yo de riguroso uniforme, y Blasio el secretario de S. M.

Era claro que no se intentaba tomar preso al Emperador, sino mas bien darle tiempo á fugarse. Toda esta manera de proceder era tan sorprendente que al buscar una explicacion en el semblante del Emperador, comprendió el significado de mi mirada, y dijo: «Ya lo vé vd., el hacer el bien nunca es por demas. Bien cierto es que de veinte personas se encuentran diez y nueve ingratas; pero sin embargo, de vez en cuando, una agradecida. De esto acabo de experimentar un caso. El oficial que nos ha dejado pa-

sar tiene una hermana (ó madre, he olvidado cual de las dos cosas, (1) que frecuentemente estaba con la Emperatriz, la que hizo muchos favores á aquella. Siempre que se le presente á vd. la oportunidad, Salm, haga vdel bien.»

A esto nació la aurora. Cuando pasamos por el meson, aun no estaban listos los húsares. Se le envió á Pradillo á decirles que el Emperador les aguardaria en la plaza de la Independencia. En camino allí, nos siguieron dos de la escolta, y Castillo rogó al Emperador montase uno de los caballos de estos y fuese así al cerro; pero rehusó, y mandó á uno de los soldados á Miramon, y el otro á Mejía, con órden de que viniesen con todas las tropas que les fuese posible al cerro de las Campanas.

Un momento despues llegó López á caballo y armado. Suplicó al Emperador se fuese á casa del Sr. Rubio, el banquero, adonde estaria enteramente seguro; pero la contestacion que recibió fué:—Yo no me escondo!—López dió la vuelta y se fué. De repente, como salido de las entrañas de la tierra, se presentó el caballo pinto del Emperador en manos de su caballerango. Presumo que el mismo López le trajo allí, el que evidentemente no deseaba incluir en su traicion la libertad y vida del Emperador.

Es estraño que ninguno de nosotros sospechara que López fuera traidor, aunque todos le habiamos visto al lado del coronel liberal, y estaba libre!

El Emperador aguardó á los húsares, pero estos no lle-

1 N. D. T.—Probablemente seria la marquesa de Guadalupe á la que se referia el Emperador, la que fué dama de honor de la Emperatriz.

garon; mas en lugar de ellos, vimos dando vuelta á la esquinilla á un batallon del enemigo, y entre los oficiales que iban montando á su cabeza vimos á López otra vez. Tanto Castillo como yo suplicamos al Emperador que montase; pero rehusó, diciendo:—Si vosotros, señores, vais á pié, yo iré tambien.

Cuando los oficiales liberales que iban á la cabeza del batallon reconocieron al Emperador acertaron el paso, y nosotros seguimos andando por la calle del Hospital y los suburbios que están al Poniente hasta llegar al cerro.

Al pié del cerro se agotaron las fuerzas del pobre y delicado Castillo. El Emperador le tomó de un brazo y yo de otro, y de este modo le arrastramos entre los dos, arriba del cerro, el que solo estaba ocupado por un batallon. Hacia ya una luz clara; la mañana estaba sumamente hermosa. Repentinamente oímos dar á las campanas de la Cruz la contraseña convenida que hacia saber que la vil traicion habia tenido éxito, y las «Dianas» por todas las líneas del enemigo contestaban al repique de las campanas con escesivo regocijo.

Apenas habiamos llegado al cerro, cuando las baterías de San Gregorio y Casa Blanca rompieron el fuego contra nosotros. Cuando avanzaron densas masas de infantería hácia este último lugar, vimos nuestras tropas pasarse con el enemigo.

Tras de nosotros pronto llegó Mejía y el coronel Campos, con parte de la escolta y varios oficiales á caballo, y entre ellos mi fiel sombra Montecon, el teniente coronel Conde Pachta, el que una vez sirvió al ejército austriaco, ahora mi gefe de escuadron, y el cual murió en camino á Europa, el teniente coronel Pitner, y otros oficiales, quie-

nes hubieran servido mejor al Emperador quedándose con sus tropas.

El Emperador mandó por Miramon (pero este se hallaba fuera con sus ayudantes) para que juntase todas las tropas que fuere posible. Fué atacado en una de las calles de una manera inesperada, por un destacamento de caballería de los liberales, y el oficial que los mandaba le disparó un balazo en la cara. La bala penetró por el carrillo derecho y salió cerca de la oreja. Fué conducido á la casa de un cierto Dr. Licea, amistad antigua de él, y quien le entregó en manos del enemigo en la tarde de ese mismo dia.

La ansiedad con que el Emperador y nosotros tornábamos las miradas hácia la ciudad puede imaginarse. Esperábamos ver llegar á algunas de nuestras tropas; pero en su lugar nos vinieron noticias de que varios batallones se habian pasado con el enemigo. Al fin echó de ver el Emperador desembocando del suburbio alguna caballería, *llevaban* estos uniformes encarnados, y con lágrimas en los ojos, me dijo en voz alta:—Mirad, Salm, allí vienen mis fieles húsares.—Esto fué un equívoco; era solo un destacamento del rejimiento de la Emperatriz, los que igualmente usaban uniformes encarnados. Los húsares nos habian seguido luego; pero al entrar por una calle, se encontraron con el batallon que habiamos visto en la plaza de la Independencia. Entre esta y la plaza de Armas les hizo alto y les mandó rendirse el traidor López. Se vieron obligados á desmontarse de los caballos y se les desarmó, lo mismo que á sus dos valientes gefes Pawlowski y Koehlig. Los viejos húsares estaban muy coléricos, y como que no podian hacer otra cosa, por lo menos no querian entregar los

caballos. Dos húsares mataron á sus caballos, y el resto saltaron los suyos. Al instante echaron á correr por la calle á la caballeriza del meson. Al aproximarse á la plaza de la Cruz, el enemigo que aun no las tenia todas consigo, se alarmó, y creyendo que era un ataque, los pobres caballos fueron recibidos con una descarga.

Uno de nuestros batallones, sin embargo, se acercó al cerro, pero cuando habia llegado á cosa de quinientos pasos de este, pronto dió las espaldas. El Emperador envió á un oficial para persuadirles á que cumplieran con su deber, mas el bizarro comandante del batallon al momento se echó á reir en la cara del mensajero:

El Emperador me pidió hablase á Mejía con respecto á la posibilidad de abrirnos paso para afuera; pero el general declaró que era enteramente inútil intentarlo.

Nuestra posicion en el cerro llegó á ser sumamente difícil. Una tercer batería hacia fuego contra nosotros desde el llano al Poniente, y aquel que nos hacian desde la Casa Blanca habia avanzado á la garita de Celaya, la que no estaba muy lejos del lugar donde nos hallábamos. Era tan nutrido el fuego que el batallon que ocupaba la línea buscó abrigo en las zanjas. Las granadas que reventaban á derecha é izquierda amedrentaron al pobre perrito «Baby,» el que habia seguido á su amo, vino á buscar proteccion conmigo. Este se perdió despues, y cayó en manos del coronel Cervantes, el último comandante de Querétaro, que rehusó vendérmelo, y el que tuvo el malísimo gusto de ponerle el nombre de «Emperatriz.» Intentaba llevármelo conmigo al perrito, y regalarlo á la rrichiduquesa Sofia.

Se dejaba oir en la ciudad un tiroteo aislado de mosquetería. Densas columnas de infantería, seguidas por ca-

ballería avanzaron contra el cerro, y las tres baterías redoblaron sus esfuerzos,

—Salm, dijo el Emperador, ahora es tiempo de que una bala me haga feliz. Pero esa tan deseada bala no queria venir, y el Emperador otra vez se volvió hácia Mejía, preguntándole si era realmente imposible abrirnos paso; este se mantuvo en opinion de que era imposible. Entonces el Emperador llamó á Castillo y á mí, y por tercera vez le preguntó á Mejía; pero el valeroso y arrojado gefe, contestó:—Tenemos solo un puñado de caballería y parte de ella es de poco fiar. Vuestra Majestad puede ver lo que hay, y juzgar si nos queda alguna probabilidad. Por mi parte poco me importa que me maten; pero no puedo echarme encima la responsabilidad de conducir á Vuestra Majestad á una muerte segura.

Como añadidura al fuego de las tres baterías, recibimos igualmente ahora fuego de mosquetería por ambos lados, y esto es que en dos partes del cerro ondeaba ya la bandera blanca. El habernos demorado mas hubiera sido una locura, y sometiéndonos á una necesidad espantosa, envió el Emperador al teniente coronel Pradillo con bandera blanca para tratar con Escobedo tocante á su rendicion.

El Emperador, que conservó su sangre fria, sacó de la bolsa un paquete de papeles y dió orden á Blasio y al capitán Fuerstenwaerther para que los quemaran en una tienda de campaña. Qué papeles eran estos? no me lo dijo el Emperador.

Por supuesto que nuestro fuego cesó al instante, pero el del enemigo se mantuvo á lo menos por diez minutos despues de que se hubo enarbolado la bandera blanca.

Vinieron de la ciudad otros batallones de los liberales,

y pronto se cubrió enteramente el cerro con ellos. Despues de esto se acercó un destacamento, á la cabeza del cual iba el general Echeagaray, el que avanzó solo y con mucha precaucion.

El Emperador se preparó á recibirlo. Se colocó en el centro. A su derecha se encontraban Mejía y Castillo y á su izquierda yo, y el resto de sus oficiales agrupados detras de nosotros. El Emperador desabrochó su sobretodo para mostrar su uniforme y condecoraciones, y apoyándose en la espada aguardó á que llegase el general liberal.

El general Echeagaray se le acercó cortésmente con la cabeza descubierta, y dirijiéndose al Emperador, dijo:— «Vuestra Majestad,» declarándole prisionero suyo.

Despues de unas cuantas palabras, el Emperador dijo queria ver al general Escobedo. Trajeron el caballo del Emperador, lo mismo que los de Mejía, el que ofreció uno de ellos á Castillo. Mi caballo habia caido en manos del enemigo, de suerte que abandoné la línea para proporcionarme uno. Allí ví á un caballerango que tenia por la brida el caballo frison tordillo del Emperador, en el que siempre habia montado la Emperatriz. Al mismo tiempo uno de los liberales que estaba á caballo preguntó al caballerango de quién era ese caballo, y el muy tonto contestó «del Emperador;» con lo que el liberal se lo llevó en mi cara. En vano traté de hacer desmontar á un corneta del regimiento de la Emperatriz, cuando en ese momento mi fiel Montecon comprendió mi necesidad y me ofreció su caballo. Ya lo habia hecho otra vez en batalla cuando fué herido mi caballo. En aquella vez rehusé; pero en esta acepté con placer, y pronto me hallé de nuevo al lado del Emperador.

Nos dirijimos hácia la garita de Celaya. Al pié del cerro vimos á dos mexicanos de á caballo peleándose entre sí probablemente por algun botin. Uno de estos le tiró al otro por el pecho; un chorro de sangre le brotó de la herida por la espalda, pues la bala le habia atravesado el cuerpo.—Mirad; qué cosa tan horrible! dijo el Emperador señalando en direccion donde estaban los dos. Por allí encontramos á un cuerpo de oficiales á caballo. Uno de ellos que estaba bastante escitado, se acercó al Emperador y abrazándole le dijo: saludo á vd. no como á Emperador, sino como Archiduque de Austria, y admiro á vd. por su heróica defensa! Otro oficial se condujo de la manera mas rumbosa y brutal. Apuntó su pistola á la cara del Emperador y á la de los demás oficiales, y tal vez hubiera tirado para inmortalizarse con la infamia matando á Maximiliano, á no haber Escobedo amenazado fusilar á cualesquiera persona que se atreviera á matar al Emperador, dado el caso en que cayera en manos de los liberales. Servia mejor á sus fines el tomarle con vida.

Cerca de la garita encontramos á Escobedo, con su estado mayor y escolta, los cazadores de Galeana. Hicimos ahora alto y pronto se formó un círculo en derredor del Emperador. Fuí separado de él, pero él echó de menos mi ausencia, y me llamó á su lado. Despues de esto volvimos los caballos, y regresamos al cerro.

Aquí ví á Escobedo por primera vez. Es un hombre de cosa de cuarenta años, de estatura mediana pelo y barba negra y tez muy oscura. Usa anteojos, y tiene unas orejas notablemente grandes, las que sobresalen por ambos lados. Es muy amigable, segun costumbre mexicana, pero su cara tiene una espresion traicionera. Antiguamente ha-

bia sido arriero, despues estudió leyes superficialmente, y se unió al partido liberal para quien organizó algunos cuerpos. Tuvo la buena fortuna de sorprender en Santa Gertrudis una columna austriaca, la que iba escoltando una regular suma de dinero, y obtuvo alguna influencia política. No es soldado en lo mas mínimo, y tiene buen cuidado de no esponer el cuerpo al fuego.

En el camino iba Escobedo al lado del Emperador. El general Mirafuentes, de su estado mayor, suplicó á S. M. á nombre de su general entregase su espada. Otro general tomó la mia, y los revolvers del Emperador, que habia colocado en mi cinturon.

En el cerro desmontamos. Escobedo invitó al Emperador á que entrase á una tienda de campaña que habia allí, yo le seguí, pues Escobedo tenia igualmente consigo un oficial—creo era Mirafuentes. Además de nosotros cuatro, nadie era testigo de la conversacion que se seguia. Despues de que el Emperador habia estado de pié algunos momentos frente á Escobedo y este habia guardado silencio, el Emperador dijo:—Si se ha de derramar mas sangre, que sea solo la mia! Esta y otras dos súplicas mas hizo el Emperador; la primera con el objeto de que no se hiciera nada á su ejército; y la segunda, el que permitiesen á todas las personas pertenecientes á su casa, y que lo desearen, ir á la costa con el fin de embarcarse allí para Europa. Escobedo contestó que avisaria á su gobierno, *pero que el Emperador y todos aquellos serian tratados como prisioneros de guerra.*

Oficiales del Estado Mayor de Escobedo han negado esto, y es muy posible que el mismo general igualmente lo niegue, para salvarse del baldon de haber quebrantado su

palabra de honor, y estoy dispuesto á jurarlo de la manera mas sagrada, que Escobedo dijo lo que aquí está asentado. Ni le oí mal ni le entendí mal, pues el Emperador aludió con frecuencia á su promesa, y un equívoco por lo tanto no es posible.

Despues de esto fué entregado el Emperador al cuidado del general Riva Palacio, notorio gefe del partido. No sé á qué grado de relaciones estaba él con el Emperador, pero S. M. siempre le consideró mucho, y habia dado órdenes especiales para que se tratase bien, dado el caso que cayera en nuestras manos. El general se portó en extremo bien, y como esto es una escepcion, debe hacerse mencion especial de ello. Debiamos volver á la Cruz, y el general tuvo el buen tacto de no conducirnos por enmedio de la ciudad.

Estábamos escoltados por los cazadores de Galeana. Uno de sus oficiales un aleman-americano, llamado Esting, me habló. Dijo me habia conocido en Norte-américa, adonde habia sido primer teniente de artillería, pero yo no me acordaba de él absolutamente. Me dijo además que mi esposa habia llegado frente á Querétaro hacia ya quince dias y habia solicitado el permiso para entrar á la ciudad. Mas como no se accedió á su súplica, se habia ido para San Luis para obtener el permiso de Juarez el que no podia negársele bajo las presentes circunstancias, y por lo tanto pronto debia esperar su llegada. Este y otros oficiales al servicio del ejército liberal de esta manera me dieron los pormenores respecto á la traicion de López; pero fueron culpados por hacerlo, y callados por sus camaradas.

Al llegar á la plaza de la Cruz encontramos allí una parte de nuestros cazadores ya prisioneros. Al ver al Em-

perador se descubrieron la cabeza y le miraron con una expresion de profunda tristeza, y á muchos de estos veteranos se les saltaron las lágrimas de los ojos.

A la entrada de la Cruz echamos pié á tierra y el Emperador hizo al general Riva Palacio un presente de su caballo y silla de montar. Despues se condujo al Emperador á su antiguo alojamiento, que igualmente como los demás cuartos se habian vaciado completamente. En realidad nada habian dejado en el aposento del Emperador mas que su catre de campaña; habia sido abierto el colchon en busca de dinero, además de esto quedaba una mesa y una silla. Parte de los objetos robados, entre ellos el lavamanos de plata etc. etc, y varios papeles, fueron mas tarde encontrados en el cuarto de López. La cólera en la que prorrumpió este individuo la noche anterior cuando vió que se le confiaba plata en vez de oro, basta para caracterizarle.

Un sinnúmero de oficiales liberales llenaron la pieza para conocer á «Maximiliano de Hapsburgo» á quien no pudieron vencer sino por la traicion. Entre estos se hallaban los coroneles D. José Rincon Gallardo y su hermano. El primero es el mismo oficial que habia dicho en la mañana el «Que pasen.» Hablando al Emperador sobre la traicion de López dijo:—«Se sirve de gente como ese para despedirle á patadas despues.» En el corredor frente al cuarto del Emperador habia una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta. En una azotea frente de la puerta en la otra extremidad del cuarto habia otro destacamento de soldados.

Pradillo, el conde Pachta, Blasio y yo fuimos llevados á un cuarto, al que se entraba por esa misma azotea, de suerte que pasando por ella podiamos comunicarnos con el

Emperador. Mas tarde se juntó con nosotros el Dr. Basch. El Emperador le abrazó. A Mejía y á Castillo los alojaron en el cuarto del doctor. Eran las diez de la mañana cuando de nuevo entramos á la Cruz.

La salud del Emperador estaba muy quebrantada con los malos alimentos y otras circunstancias; se habia encontrado indispuerto mas antes y se fué á acostar. Sin embargo, fué visitado por un coronel liberal, cuyo nombre no oí mentar; se sento al lado de la cama del Emperador, y le hizo muchas preguntas tocantes á México y Veracruz, á las que contestó con esa manera franca que tenia. Como que habló demasiado y me temia que fuera á decir muchas cosas que no era necesario supiera el enemigo, me coloqué detrás de la silla del general, y puse el dedo en los labios. El Emperador comprendió, y pronto cambió la conversacion.

Estábamos todos con mucha hambre, como que nada habiamos comido desde la noche anterior. El Sr. Rubio mandó al Emperador hácia el anochecer una comida frugal, pero comió muy poco, y el resto nos lo compartimes.

Los demás oficiales (cosa de cuatrocientos) fueron alojados en la iglesia de la Cruz, adonde estuvieron bastante molestos por los oficiales liberales que iban á clavarles la vista. El teniente coronel Pitner y el comandante Malburg se burlaron del centinela que estaba en la puerta cuyo cuerpo flaco, hambriento aspecto y estado andrajoso les divertia. El coronel Doria, hombre conocido en el ejército liberal como *el sabueso*, lo echó de ver y dijo:—Rianse vds., caballeros; estos individuos todavía están bastante buenos para fusilarlos! Esta observacion en un tanto acortó la alegría de aquellos oficiales. El mando de la Cruz y los prisioneros fué dado al general D. Francisco Vélez.